

## El shinto de Ise

[conferencia pronunciada en la Universidad Politécnica de Valencia. 1998]

Alfonso Falero  
Universidad de Salamanca

Permítanme acompañarles en una peregrinación imaginaria a uno de los santuarios más bellos e importantes del culto a las deidades japonesas (*kami*) en Japón. Se trata del santuario de Ise, como saben situado en la isla principal del archipiélago japonés, hacia el extremo nordeste de la península de Kii, en la prefectura de Mie. Si iniciamos nuestro itinerario en Tokyo, habremos de tomar el tren más rápido de Japón *shinkansen*, para bajarnos en la ciudad de Nagoya, tras un viaje de hora y media hacia el suroeste. En Nagoya cambiamos a un tren de cercanías *keintetsu*, que nos llevará hasta la estación de provincias más cercana al santuario, la de Uji Yamada, una pequeña estación en la provincia de Ise, después de ofrecernos un suntuoso banquete visual de la campiña japonesa, en su mayor parte de arrozal, de varias horas de duración. Impregnados de amor a la naturaleza que acabamos de dejar, nos encontramos en una situación inmejorable para iniciar nuestro recorrido.

Primero hemos de decidir a qué santuario nos dirigimos. Sí, nos encontramos en una peregrinación al santuario de Ise, pero cuando llegamos a la población más cercana y preguntamos por la dirección a seguir nos devuelven indefectiblemente la pregunta, pues dependiendo de si nos dirigimos al santuario interior *naiku* o al exterior *geku*, el camino no es el mismo, y andar de uno a otro nos supondría mediodía de marcha. Por tanto, en este punto ya nos cambia nuestra imagen del conjunto. Hablando con propiedad, no se trata de *un* santuario, sino de un complejo de santuarios, dentro de los cuales tenemos dos principales, dedicados a algunos de los *kami* principales del panteón de la casa imperial, y un grupo de santuarios menores, dedicados a múltiples deidades locales, que se relacionan con las principales según una mitología finamente hilvanada. Nos dirigimos pues al Naiku, no porque sea el más importante, sobre lo cual hay una disputa ya de siglos, sino porque iniciamos nuestra entrada en los santuarios con el imprescindible baño ritual en el río Isuzu.

Pero antes de sumergirnos en las frías aguas otoñales, hemos de recordar que estamos siguiendo una tradición muy antigua de peregrinación *Ise mairi* a estos santos lugares, que tiene su momento álgido a principios de la era moderna, de lo cual tenemos constancia por numerosas fuentes documentales, entre las cuales se encuentra la famosa serie de grabados *ukiyoe* sobre el concurrido puente *ujibashi*. El hecho de que para la peregrinación se escogiera preferentemente la primavera no ha de desalentarnos, pues el otoño no es mala época tampoco para apreciar los encantos de la naturaleza en que están inmersos estos santuarios.

Nuestra entrada por el típico *torii* o gran arco de madera que delimita nuestro paso iniciático del mundo profano al recinto sagrado de las divinidades *kami* es conmovedor por la belleza del puente

sobre el río Isuzu y su incomparable entorno natural, como por la pulcritud y solemne austeridad de la construcción. La limpieza de la madera, puente, arcos y santuarios esparcidos por la montaña, fundidos con su entorno, hechos de madera santa transportada durante kilómetros por la corriente del río, y renovados en una serie de ceremonias muy especiales que tienen lugar cada veinte años desde la penumbra de los tiempos. Hace pocos años, la prensa mundial se hizo eco de la más reciente celebración de estos ceremoniales de renovación total *shikinen sengu*, que comienzan meses antes de que el gran público se acerque en peregrinación para asistir a los rituales finales. El carácter ancestral de estas ceremonias y su solemnidad explican el interés general que despiertan a nivel nacional e internacional. La meticulosidad y el radicalismo ritual, purificativo y renovador, espíritu que marca la sobresaliente personalidad de Ise, hacen que no quede una sola viga de madera de la construcción anterior. Construcciones que suponen un gasto de tala tan impresionante, que apenas tienen tiempo los bosques sagrados y plantados por los sacerdotes de Ise a proveer de madera suficiente cada veinte años. La construcción de los santuarios se hace al estilo arcaico según técnicas ancestrales aprendidas de generación en generación por un gremio de carpinteros muy reducido, y que amenaza con su pérdida, por la escasez de los materiales que se usan y la gran dificultad de su técnica, en que no se conoce otra forma de ensamblaje que la colocación de unas vigas sobre otras, sin agujeros y sin nada parecido a tornillos. El coste total de las ceremonias es tal que no faltan quienes elevan periódicamente sus voces para denunciar el despilfarro económico y ecológico de unos rituales que no tienen más significado que mantener la arrogancia de la casta sacerdotal de Ise y de la familia imperial japonesa.

Ignorantes de estas acusaciones del desacralizado mundo contemporáneo, insensible al carisma espiritual de los *kami* de sus antepasados, cada veinte años, ajenos al paso del tiempo y a los cambios de las épocas, se repite incansablemente el memorial, y tras las ceremonias de reedificación de los santuarios se traslada ritualmente a la deidad central de Ise, y por ende de todo el panteón japonés, la resplandeciente *Amaterasu omikami*, a sus nuevos aposentos, de madera joven y pura, y de este modo se renueva la gran fuerza espiritual de la diosa, que se nos comunica por nuestra participación en su halo espiritual, purificados por la fuerza del agua eterna del río sagrado Isuzu, e inmersos en la santidad del bosque, rodeados por el misterioso espíritu de la diosa.

Pero vayamos por partes. Aún no hemos acabado de cruzar el puente de Ujibashi sobre la corriente del río Isuzu, que se convierte en agua sagrada a su paso por el recinto del *Kotai jingu* o “santuario imperial”, otro de los nombres que reciben los santuarios de Ise. La corriente del Isuzu se convierte en agua de purificación *mitarashi*. *Mitarashi* es el lugar que encontramos al cruzar el último de los *torii* cuando entramos en el recinto de un santuario en Japó, donde el visitante se lava las manos y la boca, y de este modo purifica su cuerpo y su alma. En el caso de santuarios sobre la corriente de un río, la ablución se realiza en las aguas del río, como es nuestro caso.

De la fuerza del río Isuzu, también conocido como Uji, canta el mismo Kakinomoto no

Hitomaro, príncipe de las letras del Japón más antiguo, cuando nos dice

Te empiezo a querer como fluye el agua

Del río Uji, arremolinada

Y sin retornar (trad. Cabezas, 1980, 58)

Para purificar nuestros amores y nuestras pasiones no nos contentamos con lavarnos las manos, sino que tras cruzar el puente y siguiendo el sendero a nuestra derecha, bajamos a la orilla del río y allí nos zambullimos de cuerpo y alma enteros, como en un bautismo primitivo. A este baño ritual se le conoce como *misogi*. Se trata de un acto ritual imprescindible en toda peregrinación japonesa. Antes de entrar en contacto con el aura sagrada de la divinidad, y después del paso iniciático del torii, mediante este rito de ablución muy estimado por las religiones japonesas, y en especial por el shinto, nos limpiamos de las impurezas físicas, mentales y espirituales, producto de nuestras infracciones del orden moral y de los tabús de orden físico. Nuestro cuerpo y nuestra alma están desgastados por el contacto diario con diversas fuentes de polución, como la muerte, la violencia o la insinceridad. Los lugares privilegiados del *misogi* son el mar, los ríos o las cascadas de agua en la parte alta de las montañas.

El santuario de Ise es conocido por su histórico énfasis en la pureza y su severidad en la preparación ritual de su sacerdotado. Es en este sentido el santuario más exigente de Japón, y se nos muestra orgulloso de su larga tradición de negativa al sincretismo que arrasó la mayoría de los santuarios japoneses a lo largo de la historia, convirtiéndolos en sede prestada de budas y bonzos administradores. Orgulloso puede estar de que jamás ningún sacerdote de una religión ajena haya puesto el pie en su recinto. Especialmente en aquellos momentos allá por los s. 13 y 14 en que la filosofía del “lugar original y apariencia prestada” *bonji suijaku* había convertido las deidades de todos los santuarios importantes de Japón en figuras que adoptan los budas para manifestar su poder mesiánico, el santuario de Ise se resistió más que ningún otro al vasallaje espiritual y continuó su camino en solitario, convirtiéndose después en el líder de la restauración del culto a los *kami* a nivel nacional. Su liderazgo en el terreno de los santuarios japoneses ya no hay quien lo dude, y sólo otro gran santuario de una tradición bien distinta, el de Izumo en la provincia de Shimane, que da a la otra orilla, la del mar de Japón, puede hacerle sombra en la mente de intelectuales contestatarios a la ortodoxia de Ise, y en familias locales que mantienen sus propias tradiciones frente al imperialismo espiritual de éste. Pues Ise además de albergar el espíritu de Amaterasu, la diosa ancestro de la familia imperial japonesa, es objeto de gran devoción popular, tradición afianzada con las frecuentes peregrinaciones de la modernidad, que no han cesado hasta nuestros días. En las ceremonias más importantes del calendario religioso nacional, Ise siempre marca records de asistencia, es el santuario por lo general más visitado de Japón, y cuenta con organizaciones de feligreses devotos que le aportan un no desdeñable sustento material, a cambio de frecuentes acogidas en las que se les dispensa un trato especial y se les permite pasar el ritual completo de peregrinos, volviendo a sus casas purificados

y cargados de amuletos y objetos sagrados.

Nuestra pequeña peregrinación virtual no nos va a proveer de tales recordatorios, pues nuestro objetivo es intelectual y no devoto. Volvamos pues a donde estábamos. Mientras se ponen ropa limpia después del baño para continuar nuestra marcha iniciática al interior del bosquecillo donde se haya el lugar de oración, permítanme comentarles algo sobre la importancia ritual de la pequeña inmersión que acabamos de realizar. En la tradición shinto no hay una teología explícita que desde la antigüedad nos explique la razón y la lógica de los numerosos rituales y de la inaprehensible diversidad de santuarios. Los santuarios se encuentran ahí no porque deban estarlo, sino como un hecho primario. Se presta culto en casi todos ellos, pero en muchos no se sabe a quién. De los mismos rituales, en muchos casos desconocemos su origen y nuestras escasas fuentes documentales, los llamados “historia del santuario de ...” *jinja engi*, son en muchos casos simples falsificaciones inventadas por bonzos de la Edad Media para llevar el agua a su molino o son producto de las aspiraciones de poder local de algunos sacerdotes de épocas más antiguas o incluso modernas. Es en la Edad Media, cuando una pseudo-filosofía budista acapara el panorama intelectual de Japón cuando la intelligentsia de Ise, representada por el sacerdotado del santuario exterior *Geku* en la familia Watarai, se vuelve contestataria, y a mediados del s. 13 presenta una contrarréplica en la filosofía denominada “Ise shinto” o “Watarai shinto”. La familia Watarai ostentaba el sacerdotado hereditario del *Geku* con los cargos de sacerdote de primer rango o *negi* y de segundo rango o *gonnegi*, títulos estos exclusivos del sacerdotado de Ise, y que contribuyen a marcar la diferencia con el sacerdotado del resto del país, siendo por ello sustento de la arrogancia y altivez de dicho sacerdotado. Esta familia pueden ser considerados el origen de la teología y filosofía del shinto. Su obra principal es una colección de cinco escritos denominada “Cinco textos shinto” *Shinto gobusho*. No podemos decir que esta obra creó un lenguaje radicalmente diferente al de la época, pues los instrumentos conceptuales con que se contaban eran de origen confuciano y budista. Por tanto, vista desde la teología y filosofía actuales, muchos de sus asertos no escapan a la crítica contemporánea. Pero sí hizo algo que no se había hecho hasta entonces: presentar un esquema de filosofía y teología genuinamente shinto. La autoría de la obra se presentó en su momento, como era costumbre, como procedente de autores de la antigüedad para otorgarle más prestigio. En su contenido se nos habla principalmente de la diosa Amaterasu (*Amaterashimasu Isenisho Kotaijingu gochinza shidaiki*) y se asocian a su culto un número de leyendas sobre su asentamiento en Ise, a través de supuestos oráculos de la diosa (*Yamatohime no mikotoseiki*), y hechos mitológicos y legendarios. También se nos presenta a la diosa Toyoukehime (*Toyouke Kotaijin gochinza honki*), deidad que acompaña a Amaterasu en el culto del santuario exterior. La familia Watarai defendía la teoría de que el santuario exterior es superior en rango al interior, y pretendió demostrarlo narrando en esta obra el origen del culto en ambos santuarios, formando de esta forma la base para el desarrollo de la teología del Ise shinto en el s. 14. Para sostener su teoría de la superioridad formal del santuario exterior se proponen explicaciones de tipo arbitrario, que fueron objeto de censura en la era

Edo (1600-1868), a cargo de intelectuales como el shintoísta Yoshimi Yukikazu (1673-1761), en su obra “Diatriba contra el *Gobusho*” (*Gobushosetsuben*). Pero lo que nos interesa ahora no es la discusión teológica, sino la peculiar fusión de ética y pureza ritual que nos presenta esta teoría. En ésta es recogida la tradición transmitida por la antigüedad de la purificación ritual (*misogiharae*), y reinterpretada en la doble vertiente de la “limpieza exterior” o corporal (*geshojo*) e “interior” o del espíritu (*naishojo*). Mediante la purificación practicada regularmente se recibe la bendición divina que nos permite la unión con la divinidad, pero para ello es necesario además aportar cualidades morales del tipo de la “honestidad”, por la que se entiende la sinceridad sustentada por la rectitud y la corrección, que son actitudes heredadas de la tradición de fidelidad al superior y en última instancia a la voluntad imperial. En otro de los volúmenes del *Gobusho*, el “Registro de la consagración de los dos santuarios de Ise a las deidades imperiales” (*Ise nisho Kotajjin gochinza denki*), se nos dice

A los seres humanos se nos otorga el nacimiento por el *kami*. Por tanto, la mente de una persona está en comuni3n con la voluntad del *kami*, y se debe evitar toda acci3n que rompa ese estado. Para recibir las bendiciones del *kami* debemos concentrarnos fervientemente en la oraci3n. Para recibir la protecci3n del *kami* debemos basar nuestra conducta en la honestidad. De este modo despertará la mente prístina e impoluta a la profunda senda del origen.

Como resultado de ello, aquél que está en comuni3n con el *kami* retorna al fundamento, a aquel tiempo del comienzo cuando cielo y tierra estaban unidos e identificados. Tal persona rechazará la influencia del budismo y adorará al *kami* original, haciéndose uno con él...

... Dado que los actos de adoraci3n y culto a la divinidad deben realizarse en un estado de pureza, durante los períodos de abstinencia parcial [desde aproximadamente un mes antes de la celebraci3n de un festival] y abstinencia total [desde tres días antes de la celebraci3n], además de los días de purificaci3n interior y exterior, se evitarán los duelos por difuntos y la ingestión de la carne de animales. También se evitará enjuiciar a un criminal así como ejecutar una pena. Finalmente, no se ejecutará música ni ninguna otra acci3n que conduzca al contacto con la impureza.

Sin perder la compostura original que uno debe mantener, y ejerciendo tan brillante virtud, las cosas a que originalmente corresponde la izquierda deben permanecer en la izquierda y no ser desplazadas a la derecha (y las cosas pertenecientes a la derecha no deben ser desplazadas a la izquierda). No se deben tomar armas para la lucha, ni debe escucharse el sonido de la cuerda del arco contra la protecci3n del brazo; ninguna palabra impura debe tocar nuestros labios, y evitando colocar la vista en cosa impura, nuestro corazón debe mantenerse sereno, ejerciendo la sinceridad con total reverencia, y con fe en que el *kami* reside ahí dentro; de esta

manera se ha de adorar y dar culto con devoción.

Por otra parte, en el “Registro auténtico de la consagración a la deidad imperial *Toyouke*” (*Toyouke Kotaijin gochinza hongō*) se afirma

En el culto que se ofrece en los santuarios de nuestros antepasados, el modo de presentar las ofrendas consiste en pagar las bendiciones recibidas de los antepasados con la dedicación diligente a las virtudes de la lealtad y piedad filial; ofrecer sinceridad está en armonía con el Principio más verdadero. Consiguientemente, los *kami* desean el comportamiento correcto y ofrendas de sinceridad, y no solamente la presentación de ofrendas.

En otro de los volúmenes, el “Tesorus de registros fundamentales relativos a la fundación de los dos grandes santuarios de Ise” (*Zo Ise nisho daijingu bokihongō*), se diserta sobre la importancia de la rectitud y la corrección.

En la era divina, se puede decir que por lo general las mentes humanas eran mentes claras y se regían por la virtud del humanismo. Eran conciencias rectas y justas. Con el paso del tiempo, sin embargo, las mentes de los seres humanos a lo largo de las cuatro esquinas del mundo se apagaron y acabaron en desorden...

... shinto es aquello que emanaba del estado fundamental del universo, antes de separarse el yin y el yang, incluso antes de la separación del cielo y la tierra. Shinto es también la senda que retorna a aquel estado fundamental.

El énfasis en la necesidad de mantener un estado mental alejado de la impureza vuelve a aparecer en el “Registro de *Yamatobime no mikoto*” (*Yamatobime no mikoto seiki*).

Alejando de sí una mente de impureza y maldad, y con un corazón luminoso y sin falta, con reverencia pura y limpia adora al *kami*; sin desplazar a la derecha las cosas que deben estar en la izquierda, y sin desplazar a la izquierda cosas que deben estar en la derecha, sino dejando en la izquierda las cosas que originalmente están en la izquierda y dejando en la derecha las cosas originalmente de la derecha, dividiendo correctamente derecha e izquierda, de tal manera que todos los seres existentes se adecúen a su forma natural y propia, de este modo has de servir al *kami*. Reverenciar al principio como principio, honrar la fuente como fuente, se debe a que son fundamentales y originarios. Y sobre la virtud de la “honestidad” se nos explica:

La mente humana y el *kami* están en comunión con la fundación de cielo y tierra. El cuerpo humano es la transformación de los cinco elementos, madera, fuego, tierra, metal y agua, y éstos también están en comunión con el fundamento de la naturaleza. Por consiguiente, se debe honrar la fuente como fuente, y retornar y volver a entrar en la fuente; honra lo original como original y accede a la mente originaria. Para que descienda el *kami* antes se ha de invocar con fervorosa oración, y para que nos sean concedidos las

maravillosas bendiciones del *kami*, debemos de convertir a la honestidad en el fundamento de nuestra conducta.

Por tanto, gracias a los reverentes salmos que ensalzan al cielo y la tierra, a la honra del *kami* y la alabanza de nuestros antepasados, florecerán en esplendor los ancestrales santuarios, y como resultado de ello, también la nación prosperará, y el reinado del emperador se dará en paz. No debemos dejarnos descarriar por la religión extranjera del budismo, sino adorar únicamente al *kami*. Aunque el sol y la luna atraviesan el firmamento con su luz, es un hecho inapelable que la mente honesta también está iluminada.

Éstas son palabras del oráculo de Amaterasu omikami, y el significado de las mismas es claro. Si tan sólo ejercemos los actos de adoración al *kami* fervientemente y pedimos por la casa imperial, reinará la serenidad y toda la nación respirará la paz.

El discurso ético y ritualista del shinto de Watarai, como vemos, no es separable de una concepción nacionalista y xenofóbica. Así, concluye el mismo texto diciéndonos:

El país del gran Japón es tierra divina. Gracias a la divina protección de las deidades el país está en paz. Y por medio de la reverencia de toda la nación la dignidad divina es incrementada.

Además del clásico *Gobusho*, en otros textos de la tradición del sacerdotado Watarai se vuelve a insistir en el principio básico de su doctrina, que es el de una “pureza” basada en la “honestidad” (*Ruiju Jingi Hongen*), y por ende una honestidad a su vez basada en la pureza (*Shinto kanyo*), como la “esencia del shinto”.

No nos detenemos más a dilucidar esta peculiar mixtura de principios de orden ético con una larga tradición ritual, y con el original culto al emperador y a la nación propios de la historia japonesa. Nos quedamos únicamente con el manual de peregrinos, que nos indica que en Ise las exigencias de pureza ritual llegan al límite del escrúpulo religioso, y en suma, nos encontramos con la cuna de lo que podríamos llamar para entendernos entre nosotros el “puritanismo” shinto. Según el manual, tras la purificación corporal y espiritual, el devoto debe disponerse con un corazón sincero a acercarse a la divinidad para pedirle su protección.

Después del baño ritual hemos pasado a un pabellón donde se nos ha atendido como peregrinos de honor, asistiendo a unas danzas rituales a cargo de las sacerdotisas “vestales” de Amaterasu, y a la lectura de una plegaria en nombre de todos donde se le ha informado al *kami* de nuestra visita y de las ofrendas que previamente hemos presentado. Por orden de importancia se ha leído la lista de las mismas asociada cada una al nombre de su donante, y al final hemos recibido la limpieza ritual llamada *harai*, que se practica con una rama de árbol sagrado *sakaki*, que al ser mecida a izquierda y derecha por el sacerdote oficiante, ha barrido las impurezas y las posibles infracciones del orden moral y social, incluso legal, que hayamos cometido aún sin saberlo, y cuya mancha o culpa

aún seguía adherida a nuestra alma. Limpios por fuera y por dentro, compartimos un te con pastelitos de sabor delicadísimo, y se nos obsequia con un souvenir de un set de plato y palillos, el primero hecho de barro cocido y sin color ni adorno alguno, emblema de la simplicidad suprema (*wabi, sabi*) tan apreciada por la estética japonesa. Además hemos recibido el *kamifuda* o amuleto que representa a la divinidad en nuestros altares familiares. Los amantes de objetos o iconos religiosos de diverso tipo pueden saciar su fetichismo adquiriendo toda clase de souvenirs en el mostrador de atención al público visitante.

Nosotros nos dirigimos a la fase final y la meta de nuestro recorrido, el encuentro con Amaterasu. Hija del *kami* de la procreación Izanagi no mikoto, se convierte en la diosa central de la mitología celeste del *Takamagahara*. A la vez es el antepasado de honor de la familia imperial. *Amaterasu* quiere decir “la luminaria celeste” y recibe también el nombre de *Ohirume no muchi*, la “gran Sacerdotisa solar”, nombre que expresa el proceso por el que la figura original de una vestal del culto solar, después llega a convertirse en diosa solar ella misma. Se discute si Amaterasu es el sol o no. la teología shinto, frente a algunas teorías del folklore religioso, defiende que en el panteón japonés el sol es adorado con otro nombre. Así que Amaterasu tiene una fuerte simbología solar, pero pertenece no al orden cosmológico, sino espiritual. Su culto se celebra exclusivamente en Ise, por diferencia con la mayoría de los *kami*, y su santuario principal es el interior al que nos dirigimos. Es el *kami* principal, no sólo del culto imperial, sino también del culto nacional.

Llegamos al santuario *naiku*, que es una lectura especial y reservada para el santuario de Ise, no en uso en otros santuarios del país. A su recinto, cercado por una valla de prohibición, no podemos entrar. El espíritu de Amaterasu se encuentra dividida en tres pabellones, uno central y dos laterales, donde se alberga su “alma pacífica”, y su “alma violenta”. Este santuario se estableció aquí después de que el emperador Sujin, según cuenta la tradición, en el s. 3 (1 a. C. según la cronología antigua), decide separar la residencia imperial de la residencia divina. Hasta entonces la tradición nos cuenta que a Amaterasu se le prestaba culto en el palacio imperial. Sujin hace trasladar el santuario a Kasanui (Yamato), en la actual prefectura de Nara, y hace que se guarden allí los tres emblemas imperiales sagrados (la espada, el espejo y el collar). Y desde entonces un severo tabú de aproximación hará que el emperador no visite en persona el santuario, sino que en su lugar una de sus hijas sea ofrecida siglo tras siglo como sacerdotisa (*Itsuki no miya* o *saio*) para su culto permanente. Es su sucesor, el emperador Suinin, quien hace construir el primer templo de Ise, y traslada allí el culto a Amaterasu, según la tradición el año 5 a. C., aunque podemos calcular la fecha real alrededor del s. 3 o 4. Desde la antigüedad se ha mantenido un flujo permanente de emisarios imperiales para solicitar la asistencia en asuntos de estado, y se ha informado al *kami* de todos los acontecimientos de relevancia para la nación. Igualmente, los oráculos del *kami* han sido de relevancia nacional en varios momentos de la historia de este país.

En shinto, por el contrario de lo que podemos considerar religiones de iluminación fundadas



por un líder carismático, como es el caso del cristianismo, el islam o el budismo, no existe una tradición ascética ni mística, y en su lugar hallamos un profundo sentido de lo sagrado expresado en una gran tradición de abstinencia y purificación ritual, y a la vez en lugar de mística se da un número alto de chamanes, sacerdotes y sacerdotisas vírgenes que actúan como mediums de las divinidades. Nuestra visita al recinto sagrado donde reside el espíritu de la gran diosa Amaterasu tiene su fin y clímax con la devota oración o plegaria que proferimos en silencio tras dar dos palmadas y realizar dos reverencias delante de la valla de junco y madera que nos impide el paso a los tres santuarios interiores. Tras nuestro simplicísimo y brevísimo acto de adoración, damos por terminada nuestra peregrinación al santuario principal de Amaterasu. En el camino de vuelta encontramos a una señora anciana y completamente vestida de blanco con que entablamos una entretenida conversación. Nos cuenta la razón de su predilección por un color tan simbólico, que resulta ser consecuencia de un voto privado que esta señora realizó tras verse repentinamente envuelta en un océano de luz, en una de sus devotísimas y asiduas peregrinaciones a Ise. Igualmente despierta nuestra curiosidad una revista del sacerdotado donde leemos que en la ceremonia de transferencia periódica del templo que tuvo lugar hace veintitantos años, en el momento de abrirse el nuevo puente sobre el río Isuzu para dejar paso a los primeros fieles que habían velado la noche junto al mismo, quienes alzaron la vista pudieron ver un aro de luz diáfana justo encima del puente, en mitad de un cielo despejado. Podemos constatar cómo el caso de Ise es un tanto excepcional dentro del conjunto de los santuarios japoneses, por su extremado escrupulo religioso, donde un error en una ceremonia es severamente castigado, por su extremado celo por la pureza que roza con la experiencia mística, por su fuerte conexión con el nacionalismo y el repudio de lo extranjero, y también, cómo no mencionarlo, por su extremada belleza arquitectónica, reconocida por el arquitecto alemán Bruno Taut (1880-1938), pionero del expresionismo, quien en 1933 viajó a Japón y nos dejó un legado de admiración por Ise en sus obras *Nippon, Mi visión de la cultura japonesa* y *Redescubrimiento de la belleza japonesa*.

Alfonso Falero Folgoso 1998